

**CRISTÓBAL GUZMÁN**

Ejemplos y ejemplos

No creo una palabra de esa historiografía tradicional en la que se atribuye a los dioses, reyes o tribunales el papel de hacedores, como tampoco esa moda interesada que habla de la *muerte de las ideologías*. Como si esa frase no fuera cargada de ideologizada intención; como si todos los días la televisión no nos narcotizara con una visión del mundo curre y alienante.

Existe cierta corriente de opinión, más bien una tempestad, que pretende desvincular a la ciudadanía de los asuntos públicos, una hábil treta que persigue dejar el destino de los pueblos en manos de los políticos y su entorno financiero. Es, claro, una consecuencia de la *muerte de las ideologías* que despoja al ejercicio político de su sentido más inherente: su indisoluble y continua unión entre representantes y representados.

Esos mismos alta-vozes que propugnan la conversión de la soberanía popular en sanedrines desprovistos de luz y taquígrafos devienen en una consecuencia lógica: el representante no tiene responsabilidad alguna ante sus votantes hasta el punto de que a no pocos cuneros no se les vuelve a ver por muchas provincias que tienen la desgracia de elegirles encabezando sus listas. Son más conocidos en los consejos de administración de grandes corporaciones que entre sus engañados y presuntos conciudadanos que, dicho sea de paso, tienen lo que se merecen.

Esta falta de ética pública, de desapego a la gente y de fraude en su más vasta extensión discurren en la más absoluta impunidad, de modo que no es extraño comprobar que la teórica satisfacción por el servicio a la ciudadanía a la que no se hace ni puñetero caso se sustituye por la prebenda, por un suculento caramelo con que pagar no pocos silencios. Por eso no resulta extraño que, por ejemplo, se ofrezca a un exministro del Interior a la cabeza de una gran compañía eléctrica o que un exsindicalista obediente se recoloque a nivel universitario. Cosas de la vida.

Visto así, y con lo que nos queda por ver, se disuelve como un azucarillo el principio más sagrado que -al-

menos eso creemos algunos- debe dirigir el comportamiento de nuestros administradores de voluntades democráticas: la decencia, la austeridad, el ejemplo.

Repasemos la antigua ocupación de nuestras autoridades a nivel local, autonómico, estatal y aun supranacional: profesores, economistas, funcionarios diversos, ingenieros, médicos, abogados... Todos con profesiones algo más que dignas, pero muchos de ellos ya y para siempre con la condición de *ex*.

No soy partidario de que paguen justos por pecadores, de extender la censura de la insalubre idea de *político profesional* a la totalidad de nuestros próceres. Los hay dignos y coherentes.

En una ocasión me refirieron el edificante episodio ocurrido en uno de esos congresos sindicales en su rama educativa. Un grupo de afiliados decidió presentar

un candidato alternativo al oficial, lo que teoría no debería significar problema alguno en un país civilizado. Terminado el congreso, en el que todo estaba atado y bien atado, un grupo de los llamados oficialistas rodeó al disconforme y osado docente con la intención de increparle. "Vuelve a tu *puta escuela*", espetó el más agresivo, a lo que el discolor contestó: "Yo, como todos los días, volveré mañana a mi *puta escuela*. Tú llevas más de diez años sin pisarla". Hoy, el oficialista sigue ocupando un cargo tras haberse cambiado de partido. El discolor sigue en su *puta escuela* llevando la misma chaqueta.

He visto una imagen de Julio Anguita en plena faena docente. Dicen que llevaba más de un mes sin sueldo asistiendo al centro, entrando en el claustro de profesores como oyente, poniéndose al día y reuniéndose con los padres de sus alumnos. Muchos se extrañan de que se haya mostrado reacio a hacer declaraciones o a montar un espectáculo circense, de que ame su profesión.

Algunos le habrán dicho que no merece la pena volver a manchar las manos de tiza. Para mí, independientemente de sus ideas, siempre será, como otros muchos anónimos que convierten la normalidad en mérito, un ejemplo como ciudadano.

